



La ciencia política en Estados Unidos

Cien años de la Asociación Americana de Ciencia Política

*Roberto García Jurado**

Con este artículo se conmemoran los cien años de existencia de la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA, por sus siglas en inglés), la cual fue fundada a principios del siglo XX. A partir de entonces ha cumplido una función determinante en la profesionalización de la disciplina en Estados Unidos. Además, la conmemoración permite hacer un recuento del desarrollo de la ciencia política en este país, la cual ha influido enormemente durante el siglo XX en muchas otras partes del mundo.

POLITICAL SCIENCE IN THE UNITED STATES: 100 YEARS OF THE AMERICAN POLITICAL SCIENCE ASSOCIATION

This article commemorates the hundred years of existence of the American Political Science Association (APSA), which was founded in the early 20th century. Since then it has played a central role in the professionalization of the discipline in the United States. The commemoration also allows an overview of the development of political science in that country, which had an enormous influence in many parts of the world during the 20th century.

LA SCIENCE POLITIQUE AUX ÉTATS-UNIS: LES 100 ANS DE L'ASSOCIATION AMÉRICAINNE DE SCIENCE POLITIQUE

Fondée au début du XX^e siècle, l'APSA a joué un rôle déterminant dans la professionnalisation de la science politique américaine. Ses 100 ans donnent l'occasion de rendre compte du développement de cette discipline aux États-Unis et de son influence énorme dans des nombreuses parties du monde.

* Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

El 30 de diciembre de 1903 se fundó en Nueva Orleans la *American Political Science Association*, y en el otoño de 1904 realizó lo que podría considerarse su acto inaugural: su primera reunión anual. Eso significa que en diciembre de 2003 cumplió su primer centenario, y que la reunión anual que se convocó para septiembre de 2004 fue también la número cien. Más allá de la pura celebración por la longevidad y constancia de una asociación de este tipo, el hecho tiene una significación especial por tratarse de una institución de importancia determinante para la ciencia política estadounidense y, de manera indirecta, para una buena parte de la que se hace en otros países.

Es probable que para muchos politólogos poco familiarizados con la academia estadounidense el nombre y la celebración del primer centenario de la APSA no tenga mayor relevancia. Sin embargo, a reserva de brindar más información en las secciones centrales de este escrito, las siguientes consideraciones preliminares pueden ilustrar de manera general su significación.

En primer lugar, como quizá sea notorio en otros campos del conocimiento, la ciencia política estadounidense ha experimentado un impresionante desarrollo en el siglo XX, particularmente luego de la Segunda Guerra Mundial. Para poner un ejemplo muy sencillo de esto, baste considerar que las corrientes teórico-metodológicas que más reflexión y polémica han suscitado dentro de la disciplina en la segunda mitad del siglo se han originado precisamente en Estados Unidos. Así, el conductismo, la teoría de sistemas, la elección racional y el nuevo institucionalismo, pueden considerarse los paradigmas teóricos en torno a los cuales han girado la reflexión e investigación no sólo de los politólogos estadounidenses, sino de los de muchas otras partes del mundo, en donde si bien no han sido aceptados de manera incondicional, de un modo u otro han estado presentes en la atención de los especialistas. En este sentido, siendo la APSA la organización que congrega a los politólogos más importantes de ese país, parece que bien vale la pena asomarse a lo que ocurre en ella.¹

En segundo lugar, a pesar de que existen otras asociaciones similares en el país, la APSA es sin duda la más importante, numerosa y reconocida. Su importancia se manifiesta en tanto que es el mayor y más resonante foro de discusión en materia política, lo cual puede constatarse sencillamente observando los programas de actividades de sus convenciones anuales, a las cuales asisten casi 7 mil especialistas. Sin duda es la más numerosa no sólo dentro de Estados Unidos, sino también en el mundo. El último reporte de su director ejecutivo indica que han rebasado la cifra de los 14 mil afiliados, la cual queda muy por encima no sólo de cualquier otra asociación nacional, sino incluso del conjunto de los politólogos asociados en Europa occidental, los cuales, de acuerdo con datos de la *Internacional Political Science Association*, rondan apenas los 2 500.²

¹ Cfr. el texto de Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Alianza, Madrid, 1984.

² En la actualidad esta cifra parece excesivamente baja. La fuente de la que se ha extraído esta información no permite reconocer el procedimiento seguido para hacer la sumatoria, ya que contando a los politólogos asociados de los cinco mayores países de Europa occidental se rebasa claramente la cifra de 2 500. En todo caso, de manera acumulada o aislada, ninguna de las asociaciones europeas

Un tercer factor digno de mención es el conjunto de presidentes que ha tenido la APSA a lo largo de su historia. Desde sus primeros años de existencia la presidieron personajes de gran renombre. Su cuarto, sexto y vigésimo presidentes fueron James Bryce, Woodrow Wilson y Charles Merriam, respectivamente. Bryce no es estadounidense sino británico, pero se le distinguió con este nombramiento por su enorme contribución a la ciencia política moderna, y aprovechó que por entonces había sido designado embajador de su país ante el gobierno estadounidense. Wilson es uno de los raros casos en los que se funden el lúcido intelectual y el hábil político. Algunos de sus artículos y libros son considerados clásicos, y su larga carrera política se vio coronada con la presidencia de Estados Unidos, desde la cual, por cierto, se convirtió en uno de los arquitectos más importantes del orden político mundial de entreguerras. Merriam no tuvo la misma suerte en su carrera política, en la cual fracasó notoriamente, pero su tarea como promotor y empresario académico sigue siendo admirada y reconocida en ese país.

a pesar de que existen otras asociaciones similares en [EU], la APSA es sin duda la más importante, numerosa y reconocida [ya que es] el mayor y más resonante foro de discusión en materia política

A mediados del siglo XX ocuparon la presidencia de la asociación intelectuales que no necesitan presentación, ya que cualquier estudiante de ciencia política podría reconocer sus nombres de inmediato. Entre ellos figuran David Easton, Robert Dahl, Seymour Lipset, Karl Deutsch y Gabriel Almond. Asimismo, en los últimos años han desempeñado ese cargo personas cuyo nombre tal vez sea menos conocido, pero que están protagonizando los debates más interesantes y fructíferos de la materia, y quienes seguramente dentro de algunos años se considerarán también autores clásicos. De ellos basta mencionar a Robert Keohane, Robert Putnam y Theda Skocpol.

Como puede observarse, un ligero repaso por la lista de los presidentes que ha tenido la APSA en sus primeros cien años implica un sugerente recorrido por algunos de los principales autores políticos del siglo XX, cuyas ideas, en muchos casos, de una o de otra manera, siguen vigentes.

En resumen, estas consideraciones preliminares tienen como objeto presentar, de manera general, a esta institución y demostrar que bien vale la pena asomarse a lo que han sido estos cien años para la asociación y la ciencia política estadounidense.

Las universidades estadounidenses

No deja de ser una curiosa paradoja que una nación que ha promovido como ninguna otra el culto por lo nuevo, se distinga en algunos aspectos por su conservadurismo y su alta valoración de lo antiguo; tal es el caso de las universidades estadounidenses, entre las cuales las más prestigiosas son las más antiguas, particularmente las que

se acerca al volumen de la APSA. Cfr. John Coakley y John Trent, *History of the International Political Science Association, 1949-1999*, International Political Science Association, Dublin, 2000, pp. 4-5.

forman parte de la *Ivy League*; aquellas que por su antigüedad han visto recubrirse sus muros de hiedra. Entre éstas destaca la Universidad de Harvard, la más antigua, fundada en 1636, cuyos primeros avances se debieron al impulso que recibió del reverendo John Harvard, de quien recibió su nombre en 1638. Así, la Universidad de Harvard no sólo es la más antigua, sino la que los estadounidenses consideran la más prestigiosa, aun cuando las evaluaciones más objetivas la releguen a posiciones secundarias.³

Luego de la creación de Harvard, vinieron el *College of William and Mary* de Virginia en 1695 y después el de Yale, en 1701. Estas primeras instituciones de educación superior distaban mucho de lo que se considera una universidad moderna. Para comenzar, ni siquiera se asignaba ese nombre, sino el de *college*. Esto se debía a que muchos de los puritanos ingleses que emigraron a América habían recibido u oído hablar de la educación impartida en los colegios de Cambridge y Oxford, por lo que fundaron en el nuevo continente instituciones que se asemejaran lo más posible a aquéllas.⁴

Así, antes de la independencia existían ya en Estados Unidos nueve escuelas de este tipo. A las tres anteriores se sumaron el *King's College*, que se convertiría luego en la *Columbia University*; el *Queen's College*, luego *Rutgers University*; el *College of Philadelphia*, luego *Pennsylvania University*; y el *College of Rhode Island*, luego *Brown University*. Todos estos colegios tenían objetivos muy limitados, ya que sus vínculos religiosos los hacían depender directamente de las congregaciones que los habían fundado, las cuales los concebían básicamente como centros de educación y formación de sus propios ministros de culto.

A pesar de que durante el proceso de independencia estadounidense y los primeros años de la nueva república llegó a hablarse de la creación de una Universidad Nacional, nunca se hizo nada en concreto al respecto. Así, los *colleges* de inspiración religiosa siguieron creciendo de manera discrecional, al grado de que para la época de la Guerra Civil había ya casi 250. No obstante, tanto fuera como dentro de estas instituciones comenzó a discutirse con intensidad creciente la naturaleza y el propósito de la educación que impartían. A pesar de su carácter confesional, el concepto de educación que animaba a todas las escuelas era la formación integral del ser humano; mediante las consideradas artes liberales: gramática, retórica, lógica, música, aritmética, geometría y astronomía, se pretendía dar tanto una visión global del conocimiento como una educación moral y religiosa a cada individuo.

Esta concepción clásica de la educación comenzó a ser fuertemente cuestionada desde el principio del siglo XIX, momento a partir del cual se sumaron cada vez más voces al coro que insistía en una orientación más práctica y utilitaria de la formación que se brindaba en los *colleges*. No obstante, la orientación clásica y la situación hasta cierto punto caótica que reinaba en la educación superior prevalecieron hasta el último tercio del siglo XIX, cuando apenas al estallar la Guerra Civil se inició un proceso de

³ Para el caso específico de la ciencia política, *cfr.* Arthur H. Miller, Charles Tien y Andrew Peebler, "Department Ranking: an Alternative Approach"; y Albert Somit, "Rankings: Some Important but Slighted Aspects", ambos en *PS: Political Science and Politics*, vol. XXIX, núm. 4, diciembre de 1996.

⁴ *Cfr.* Bruce Wilshire, *The Moral Collapse of the University: Professionalism, Purity, and Alienation*, State University of New York Press, Albany, 1990.

reforma que por su extensión y profundidad se asemejó a una verdadera revolución educativa.⁵

La modernización económica, social y política que propició la Guerra Civil y que, a su vez, se potenció debido a las consecuencias de ésta, cambió por completo el panorama educativo en Estados Unidos. Cuatro factores resultaron determinantes.

En primer lugar, hubo una voluntad política consciente y comprometida con el fomento de la educación superior. En 1862, apenas iniciadas las hostilidades entre unionistas y confederados, Lincoln firmó la llamada *Morrill Act*, la ley que el senador Justin S. Morrill había promovido para alentar la educación superior. Mediante ésta, el gobierno federal cedía a los estatales determinada extensión de terreno, proporcional al número de senadores y representantes que cada estado tuviera en el Congreso. El compromiso que éstos adquirirían era crear, en un lapso no mayor a cinco años, al menos un *college* o institución de educación superior. Gracias a ello, desde entonces, cada estado tuvo al menos una institución de este tipo asentada en su territorio.

En 1890 el Congreso aprobó la segunda *Morrill Act*, que tenía el propósito de continuar financiando el desarrollo de la educación superior y hacerla llegar a sectores de la población que hasta entonces habían estado marginados de ésta.⁶

En segundo lugar, el acelerado crecimiento económico que experimentó el país durante la segunda mitad del siglo XIX permitió que se acumularan fortunas fabulosas, muchas de las cuales se utilizaron para crear universidades privadas. Sobran ejemplos de magnates que emplearon su fortuna o la legaron para este tipo de empresas. En 1875 se fundó la *Vanderbilt University* a instancias del *commodore* Cornelius Vanderbilt; en 1887 inició la *Clark University*, financiada por Jonas Gilman Clark; en 1862 se creó la *Cornell University*, con el apoyo de Ezra Cornell; en 1891 apareció la *Stanford University*, a instancias de Leland Stanford; y en 1892 la *University of Chicago* abrió sus puertas gracias a una donación de John D. Rockefeller.⁷

Sin embargo, es probable que el ejemplo más significativo de la importancia de la iniciativa privada en la creación de centros de educación superior sea la fundación de la *Johns Hopkins University* en 1876. La relevancia de esta universidad no sólo se debe al hecho de su temprana creación, sino a su orientación particular. Desde el principio, se destinó exclusivamente a los estudios de posgrado y a las tareas de investigación. La carencia de este tipo de programas prácticamente en la totalidad de las universidades estadounidenses la colocaron desde entonces en una posición especial, por lo que muy pronto otras universidades comenzaron a seguir su ejemplo.

En tercer lugar, y en buena medida por los dos factores mencionados, se inició una profunda reforma en la orientación de la educación superior. Como ya estaba ocurriendo en muchas de las sociedades occidentales, la universidad comenzó a dejar de verse como la institución preservadora del conocimiento para convertirse en una entidad promotora, creadora y difusora de éste. Antes del siglo XIX las obras más importantes

⁵ Cfr. Christopher Jencks y David Riesman, *The Academic Revolution*, Anchor Books, Nueva York, 1969; y Hugh Brown, *Pautas de la enseñanza superior: organización y desarrollo en los Estados Unidos*, Troquel, Buenos Aires, 1968.

⁶ Cfr. Page Smith, *Killing the Spirit: Higher Education in America*, Viking, Nueva York, 1990.

⁷ Cfr. Paul Woodring, *The Higher Learning in America: a Reassessment*, McGraw-Hill, Nueva York, 1968.

del pensamiento científico y humanístico habían sido creadas fuera de los muros universitarios, pero a partir de entonces, la parte más significativa de la producción científica y humanística tiene como origen las universidades. Así, hacia el final del siglo XIX, la mayoría de los antiguos *colleges* de artes liberales y vínculos religiosos respondieron a esta transformación y se convirtieron en universidades. Las facultades tradicionales de medicina, derecho y teología se fueron viendo acompañadas por la creación de otras, entre las que se debe mencionar, desde luego, la de ciencia política.⁸

Este cambio de orientación se guió en buena medida por el modelo de las universidades alemanas, que por esta época eran las más prestigiosas del mundo occidental. De éstas, los estadounidenses importaron el esquema de la jerarquía de grados académicos, la libertad de cátedra y de investigación, y la libertad de los estudiantes para elegir las materias que deseaban cursar, confeccionando así su propio y personal plan de estudios. Importaron incluso la práctica mediante la que los presidentes y directores de las universidades trataban de captar a los profesores e investigadores más famosos, con el fin de dar lustre y realce a la institución. Un ejemplo anecdótico de los problemas y desajustes que en un principio trajeron muchas de estas prácticas, sobre todo cuando eran llevadas al extremo, es que hacia finales del siglo XIX, cuando en Harvard se había dado la libertad absoluta para la configuración personal del plan de estudios por parte de los estudiantes, casi la totalidad de ellos registraba en su historial académico una larga lista de cursos introductorios a las más diversas materias, sin que hubiera entre ellos mayor coherencia o continuidad.⁹

En cuarto lugar, y también en buena medida como consecuencia de los dos primeros factores, se inició una progresiva y consistente profesionalización del trabajo universitario, tanto en sus aspectos administrativos como académicos. Hasta esa época, los presidentes, directores y administradores de los centros de educación superior habían sido ministros de culto de las congregaciones religiosas que patrocinaban a cada institución, pero a partir de entonces comenzaron a encomendarse estos mandos a científicos, profesores y administradores profesionales, quienes se encargaron de racionalizar su organización y acelerar su modernización. Del mismo modo, el profesorado comenzó a tener más garantías de estabilidad y la posibilidad real de desarrollar una carrera académica. La formación de la Asociación Americana de Profesores Universitarios en 1915, en la que participó animosamente John Dewey, fue una muestra de madurez y extensión que había alcanzado ya el profesorado universitario.¹⁰

En la cresta de esta ola de reformas y transformaciones tuvo lugar el nacimiento de la ciencia política como disciplina de conocimiento y departamento académico universitario, lo cual sentó las bases estructurales necesarias para el consistente desarrollo posterior que experimentó.

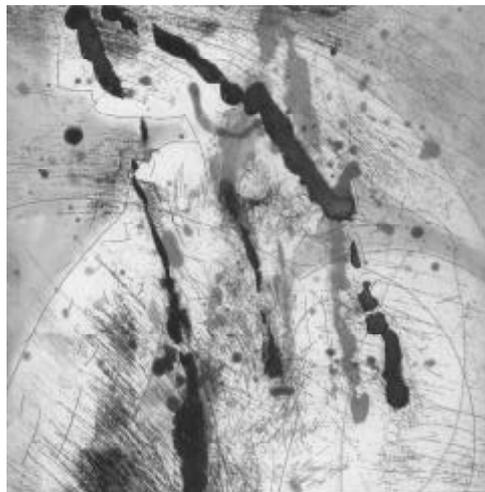
⁸ Cfr. Craig Calhoun, "The Changing Character of College: Institutional Transformation in America Higher Education", en A. Pescosolido Berebice y Ronald Aminzade (eds.), *The Social Worlds of Higher Education: Handbook for Teaching in a New Century*, Pine Forge, California, 1999.

⁹ Cfr. Fritz K. Ringer, *El ocaso de los mandarines alemanes: la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Pomares-Corredor, Barcelona, 1995; y Charles M. McClelland, *Society and University in Germany: 1700-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

¹⁰ Cfr. el amplio y bien documentado texto de Louis Menand, *El club de los metafísicos: historia de las ideas en América*, Destino, Madrid, 2002, en donde pueden encontrarse muchos datos biográficos curiosos de los intelectuales estadounidenses de la época.

El nacimiento de una disciplina y una asociación

Muchos historiadores y politólogos consideran el año de 1880 como la fecha del acto inaugural de la ciencia política en Estados Unidos. En ese año se creó, a instancias de John W. Burguess, la primera Escuela de Ciencia Política. El *Columbia College*, que poco después se convirtió en universidad, fue la institución receptora de la primicia, lo cual le valdría ponerse a la vanguardia en esta materia por varios años. Este hecho resultó significativo porque todavía pasaron más de dos décadas para que se crearan otros departamentos de ciencia política similares: la Universidad de Illinois en 1904, la de Wisconsin el mismo año, la de Michigan en 1911 y la de Minnesota en 1915.



Antes de 1880 la ciencia política no había conocido mayor desarrollo en las universidades de este país. Quizá el hecho más sobresaliente fuera que en 1827 había emigrado a Estados Unidos como refugiado político el alemán Francis Lieber, quien se integró al *South Carolina College* en 1835 y pasó luego al *Columbia College*, donde a requerimiento propio recibió el nombramiento de profesor de Historia y Ciencia Política.

La figura de Francis Lieber es importante para la ciencia política no sólo por la originalidad de su nombramiento académico, sino por ser el autor del *Manual of Political Ethics* (1839) y de *Civil Liberty and Self-government* (1853), los primeros textos académicos que se ocupaban de analizar al Estado estadounidense. Además, dos facetas poco conocidas de este pionero de las humanidades y la ciencia política en Estados Unidos son, por un lado, la traducción al inglés que hiciera de la *Enciclopedia Alemana*, dando así origen a la *Enciclopedia Americana*, y, por el otro, su asociación inicial con Alexis de Tocqueville legó a la posteridad su invaluable obra *La democracia en América*.¹¹ Sin embargo, luego del destello que dio Lieber, pasaron largas décadas sin que se produjera mayor avance en esta disciplina.¹²

Pero, como ha quedado dicho, a partir de la década de 1880 comenzó a percibirse un fuerte impulso en la materia. Además de la fundación de la Escuela de Ciencia Política en el *Columbia College*, comenzaron a aparecer obras de intelectuales de enorme importancia para el pensamiento político estadounidense. La cosecha

¹¹ Cfr. el recuento histórico y el análisis de la teoría política estadounidense de John G. Gunnell, el cual es sin duda uno de los más completos y relevantes, *The Descent of Political Theory: the Genealogy of an American Vocation*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1993.

¹² Como se puede apreciar en el discurso presidencial de 1990 de Judith Shklar ante la APSA, en el siglo XIX la teoría política no era generada precisamente por académicos o intelectuales. Cfr. "Redeeming American Political Theory", *Redeeming American Political Thought*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1998.

comenzó desde 1877, cuando Theodore Woolsey publicó *Political Science*; luego vino en 1884 el texto clásico de Woodrow Wilson; *Congresional Government*; en 1886 apareció *An Examination of the Nature of the State*, de W.W. Willoughby; en 1891 John W. Burgess dio a conocer su *Political Science and Constitutional Law*; en 1898 Henry Jones Ford dio a la luz *The Rise and Growth of American Politics*; y en 1900 Frank J. Goodnow publicó su también clásico *Politics and Administration*.¹³

Por esta misma época aparecieron también dos publicaciones periódicas de enorme relevancia para la disciplina. Una de éstas fue *The Johns Hopkins Studies in Historical and Political Science*, que inició en 1883, y la otra la *Political Science Quarterly*, creada en 1886 por la Universidad Columbia, que fue durante varias décadas la publicación más importante de la disciplina. Como puede intuirse por estas publicaciones y algunos otros indicios, hacia finales del siglo XIX la Universidad Johns Hopkins y la Universidad Columbia estaban a la vanguardia de la ciencia política.¹⁴

En este periodo se registró también otro acontecimiento de enorme importancia, no sólo para esta disciplina, sino para el resto de las ciencias. Entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del siglo XX aparecieron la mayoría de las editoriales universitarias que desde entonces se han encargado de difundir los textos científicos y humanísticos producidos en Estados Unidos. A diferencia de Europa occidental, y de muchas otras partes del mundo, en donde la impresión y difusión de los textos científicos corre a cargo de editoriales comerciales, en Estados Unidos una buena parte de éstos se publican en editoriales universitarias.

Como puede verse, eran años de ebullición en varios aspectos del quehacer en la educación superior. Regresando al estanco particular de la ciencia política, algunos autores han planteado que la siguiente fecha significativa en la evolución de la disciplina, luego de la fundación de la primera escuela, fue 1903, ya que en esa fecha se creó la *American Political Science Association* (APSA), acontecimiento crucial para los propósitos de este escrito.

Para todos aquellos que no compartimos el legado social y cultural estadounidense, no deja de parecer extraño el hecho de considerar la fundación de una asociación profesional como un suceso tan determinante en la historia de la formación de una disciplina. Como se encargó de mostrar Tocqueville con su aguda observación, las asociaciones y los grupos de interés organizados son un componente básico de la estructura social estadounidense. En el sector específico de la educación, la carencia de un sistema nacional de educación superior controlado y supervisado por una institución estatal, deja huecos que tienden a ser llenados de alguna manera, en este caso por una asociación profesional como ésta, cuyas iniciativas y proyectos llegan a tener una cobertura nacional y permiten alcanzar cierta coherencia y articulación en determinadas ocasiones.

Así, esta fuerte descentralización política y administrativa impuesta por la estructura federal estadounidense hace muy difícil que se dé una coordinación nacional efectiva en determinadas políticas públicas, como las educativas, en este caso. Por ello

¹³ Cfr. J. Mark Jacobson, *The Development of American Political Thought, a Documentary History*, Century, Nueva York/Londres, 1932.

¹⁴ Cfr. Albert Somit y Joseph Tanenhaus, *El desarrollo de la ciencia política estadounidense*, Ger-nika, México, 1988.

mismo, desde esta época muchas de las prácticas y costumbres ahora institucionalizadas en el ambiente universitario se impusieron por imitación. Las innovaciones y modelos más exitosos que una universidad ponía en práctica pronto eran seguidos por muchos otros, sustituyendo así con la imitación lo que no podía establecerse por medio de una coordinación consciente.

Puesto que el asociacionismo era ya una característica muy arraigada en la sociedad estadounidense del siglo XIX, incluso en el sector profesional y educativo, la APSA no fue sino una más de las múltiples organizaciones que se formaron por esos años. Más aún, la asociación podría considerarse uno de los muchos desprendimientos que se originaron de la *American Social Science Association*, fundada en 1865.¹⁵

Durante sus años de actividad, la ASSA fue el semillero de muchas otras asociaciones y un foro de abierta discusión sobre los fines y objetivos a los que debía servir una organización de este tipo. En su origen habían estado presentes las intenciones de promover la investigación científica y el trabajo académico. No obstante, las dificultades que naturalmente surgen al tratar de conciliar objetivos tan dispares y los impulsos crecientes hacia la especialización, sobre todo tratándose de un área tan extensa como las ciencias sociales, propiciaron que poco a poco se fueran formando asociaciones profesionales más específicas y circunscritas a una sola disciplina.

Así, dentro de esta tendencia, se fundaron la *American Historical Association* en 1884, la *American Economic Association* en 1888, la *American Anthropological Association* en 1902, y la *American Sociological Association* en 1905, con la cual se dio en cierto sentido el estoque mortal a la ASSA.¹⁶

En concreto, la formación de la *American Political Science Association* en 1903 estuvo precedida de una serie de circunstancias azarosas. El año anterior un grupo de personas interesadas en los asuntos jurídicos y políticos lanzó una amplia convocatoria, con la finalidad expresa de formar una sociedad nacional en esta materia. En la convocatoria para la celebración de la conferencia se eligió como fecha y sede diciembre de 1903 en la ciudad de Nueva Orleans, las mismas en las que se verificaría la reunión anual conjunta de la *American Economic Association* (AEA) y la *American Historical Association* (AHA), ya que muchos de los promotores de la iniciativa se encontraban vinculados de uno u otro modo a estas organizaciones.

Así, a pesar de que la convocatoria se había hecho con el fin específico de crear una sociedad especializada en la legislación comparativa, al final y después de una serie de deliberaciones en las que intervinieron muchos de los miembros de la AEA y la AHA, se decidió darle un contenido más amplio a la naciente formación, así como una estructura más institucionalizada, por lo que se decidió cambiar su nombre por el de *American Political Science Association*.¹⁷

¹⁵ Cfr. Louis Menand, *op. cit.*

¹⁶ Cfr. David M. Ricci, *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship, and Democracy*, Yale University Press, New Haven/Londres, 1984.

¹⁷ Cfr. American Political Science Association, "The Organization of the American Political Science Association", *Proceedings of the American Political Science Association*, vol. 1, 1904; y Michael Hass, "The Rise of a Science of Politics", en Michael Hass y Henry S. Kariel (eds.), *Approaches to the Study of Political Science*, Chandler, Pensilvania, 1970.

Desde un principio la asociación contó con la participación de personajes muy destacados de la época. Su primer presidente fue Frank Goodnow, a quien acompañó

las corrientes teórico-metodológicas que más reflexión y polémica han suscitado dentro de [la ciencia política] en la segunda mitad del siglo se han originado [...] en Estados Unidos

como vicepresidente Woodrow Wilson. A partir de su primera reunión anual, celebrada en 1904, la APSA inició la publicación de una serie de *Proceedings* que tenían por finalidad dar a la luz pública los documentos relativos a la asociación, así como las contribuciones a la disciplina que se generan dentro de la misma. Pero estos *Proceedings* tuvieron corta vida, ya que en 1914 se decidió suspender su publicación. En su lugar quedó sólo la *American Political Science Review*, que la APSA venía publicando desde 1906 y que se había sumado a las publicaciones periódicas que cada disciplina comenzó a poner en circula-

ción por esta época. A la postre, la *APSR* se convertiría en la revista de ciencia política más importante de Estados Unidos, y en una de las más influyentes en el mundo.

La ciencia política estadounidense y la APSA

La *American Political Science Association* se fundó en un momento en que estaban comenzando a cuestionarse muchos de los principios teóricos y metodológicos que hasta entonces habían guiado a las investigaciones en ciencia política dentro y fuera de Estados Unidos.

Durante el siglo XIX la ciencia política había estado ocupada principalmente en el estudio y descripción de las instituciones más importantes del Estado. Entonces, lo más común era que las materias de discusión y reflexión entre los politólogos fueran cuestiones como soberanía, la ley, el poder y la autoridad política. Sin embargo, ya desde antes de finalizar ese siglo, y con mayor fuerza al iniciarse el siguiente, se multiplicaron los cuestionamientos de quienes discrepaban sobre todo de su imagen formal y soporte legal, lo cual no siempre era un medio adecuado para describir la realidad, y muchas veces daba una imagen distorsionada y falsa de la verdadera situación política de una sociedad. El cambio que se pedía era que la indagación política se ocupara principalmente de los procesos políticos, no sólo de las estructuras. De este modo se podría dar cuenta no simplemente de la constitución formal de las instituciones, sino centrarse en el análisis de entidades y grupos sociales que de otra manera escaparían a la observación.¹⁸

¹⁸ David Easton fue uno de los primeros teóricos estadounidenses en analizar, reseñar y caracterizar con claridad la diferencia entre lo que llamó la ciencia política tradicional y la del siglo xx. Cfr. su texto clásico *The Political System: an Inquiry into the State of Political Science*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1953. Otro texto muy conocido al respecto es el de Waldo Dwight, "Political Science: Tradition, Discipline, Profession, Science, Enterprise", en Fred I. Greenstein y Nelson Polsby, *Handbook of Political Science*, vol. I, Addison-Wesley, Massachusetts, 1975.

En realidad, quienes pedían que la ciencia política se hiciera más realista se unían y confundían frecuentemente con quienes esperaban que así se hiciera más científica; deducían que una cosa llevaba forzosamente a la otra.¹⁹

Dos de las obras teóricas que de manera general fueron consideradas ejemplo del ánimo realista que nacía, y que se ocupaban precisamente de desentrañar el funcionamiento de las instituciones políticas de Estados Unidos, fueron producto de dos futuros presidentes de la APSA —Woodrow Wilson y James Bryce—, el *Congresional Government* que el primero publicó en 1885 y *The American Commonwealth* que el segundo publicó en 1888. Ambas obras se convirtieron en modelos de lo que debía ser el análisis y la descripción política.²⁰

Sin embargo, la significación que tuvieron estas obras en la historia del pensamiento político estadounidense no está a salvo de la polémica. Para algunos, ésta forma parte de la vieja tradición legal formalista de la ciencia política, para otros se trataba de obras precursoras de la nueva escuela, de orientación científica y realista. Así, poco después, en 1908, aparecieron otras dos obras que también han sido consideradas parteaguas en la historia de la disciplina, sobre todo porque fueron consideradas, casi por unanimidad, muestras típicas del estilo de la nueva escuela. Como en el caso de las dos obras previstas, éstas también eran producto de un estadounidense y un británico. La primera, *The Process of Government*, de Arthur Bentley, y la otra, *Human Nature in Politics*, del británico Graham Wallas.

En Estados Unidos Wallas es conocido sobre todo por esta obra, pero en Gran Bretaña tuvo relevancia mucho mayor. Junto con Sydney Webb y otros miembros de la Sociedad Fabiana, fue un activo promotor de la *London School of Economics*, fundada en 1895. De hecho, durante los trabajos preparatorios, Sydney Webb le propuso encargarse de la dirección de la escuela, lo cual aceptó en un inicio, aunque luego declinó. No obstante, colaboró activamente desde los primeros años de la institución. Además, en la historia de la ciencia política británica Wallas es reconocido como el primero que introdujo y práctico el análisis empírico, y aunque no tuvo seguidores inmediatos, a la postre quienes siguieron estos pasos reconocieron su contribución originaria.²¹

Curiosamente, también Arthur Bentley tuvo una suerte muy similar en Estados Unidos. Aunque en la actualidad su obra es considerada uno de los hitos de la disciplina, en su momento no causó mayor impresión. Pero, al paso del tiempo, *The Process of Government* ha venido a considerarse la obra de referencia obligada de la muy extendida e influyente escuela Plurales.

¹⁹ Cfr. el artículo de David Easton, "Ciencia política", en David L. Sills (ed.), *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 2, Aguilar, Madrid, 1977; Evron M. Kirkpatrick, "The Impact of the Behavioral Approach on Traditional Political Science", en Austin Ranney (ed.), *Essays on the Behavioral Study of Politics*, University of Illinois Press, Urbana, 1962; y el texto de Vernon van Dike, *Ciencia Política: un análisis filosófico*, Tecnos, Madrid, 1962.

²⁰ Cfr. Dorothy Ross, *The Origins of American Social Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

²¹ Cfr. la amena y completa narración que ofrece Ralf Dahrendorf de los orígenes y la historia de esta institución. LSE: a *Story of the London School of Economics and Political Science*, Oxford University Press, Nueva York, 1995; y David E. Butler, "The Study of Political Behavior in Britain", en Austin Ranney (ed.), *op. cit.*

Hasta ese momento, la mayor parte de los análisis sobre el Estado partían del hecho indiscutible de su soberanía, la cual quedaba fuera de toda duda, y lo que se intentaba dilucidar era sólo si se trataba de una soberanía popular, monárquica o aristocrática. Pero Bentley señaló que las decisiones de gobierno y los procesos políticos dentro del Estado se debían a la interacción de una serie de grupos y organizaciones sociales que intervenían afectivamente en la política. Así, al menos en Estados Unidos, comenzó a desarrollarse una teorización del Estado completamente nueva, una que en lugar de ponderar la soberanía popular, ponderaba el pluralismo político y social.²²

A partir de entonces y durante toda la primera mitad del siglo XIX la ciencia política estadounidense se desarrolló con enorme vigor. La expansión de esta disciplina en Estados Unidos se debe en buena medida a las tareas y cometidos que de manera casi espontánea y natural se le asignaron por parte de la sociedad y el sistema educativo. Desde la segunda mitad del siglo XIX se difundió la noción de que la ciencia política debía encargarse de la educación cívica de la ciudadanía; se consideraba que esta disciplina era la encargada de educar a los ciudadanos de la república, prepararlos para la vida civil e incluso para asumir las tareas más altas de gobierno. A partir de esta asignación, la mayor parte de los *colleges* y universidades estadounidenses comenzaron a introducir en sus planes de estudio una asignatura sobre el *American Government*, la cual se esperaba que atendiera a este cometido. Gracias a ello, la planta docente del área de la ciencia política recibió un impulso muy generoso, que alimentó en buena medida la expansión de la disciplina.²³

En toda esta labor de investigación y expansión académica que se desarrolló en el periodo de entreguerras, es preciso subrayar la contribución de tres politólogos muy destacados: Charles Merriam, George Catlin y Harold Lasswell. Ellos emprendieron una tarea de investigación muy intensa y fructífera en las décadas de los veinte y treinta. De ellos cabe destacar sobre todo a Merriam y a Lasswell, quienes no sólo encarnaron y encabezaron la que se llamó la *Chicago School* de ciencia política, sino que a partir de ahí sentaron las bases de lo que después se denominaría el *conductismo*, que se convertiría en toda una corriente teórico-metodológica, y alcanzaría incluso el estatus de un paradigma.²⁴

Cuando era presidente de la APSA, Merriam organizó una serie de Conferencias Nacionales sobre la investigación política que en su momento tuvieron repercusiones considerables. Se efectuaron tres reuniones en 1923, 1924 y 1925, las cuales desempeñarían un papel fundamental en la difusión del espíritu científicista que en un principio fue el motor del conductismo.²⁵

²² Cfr. John G. Gunnell, "La declinación del Estado y los orígenes del pluralismo estadounidense", en James Farr, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard (comps.), *La ciencia política en la historia*, Istmo, Madrid, 1999; y Sheldon Eolin, "La idea del Estado en América", en Paul E. Sigmund y Javier Roiz (comps.), *Poder y sociedad en USA*, Teide, Barcelona, 1985.

²³ Cfr. Harold Lasswell, *El futuro de la ciencia política*, Paidós, Madrid, 1971; y David M. Ricci, *op. cit.*

²⁴ Cfr. la introducción y el conjunto de semblanzas sobre los intelectuales más distinguidos que trabajaron en la Universidad de Chicago en el texto que editó Edgard Shills, los cuales forjaron toda una tradición y escuelas en las áreas de sociología, ciencia política, filosofía y economía. *Remembering the University of Chicago: Teachers, Scientist, and Scholars*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1991.

²⁵ Cfr. Albert Somit y Joseph Tanenhaus, *op. cit.*

Así, del conductismo (o el behaviorismo, anglicismo ya reconocido por la Academia) comenzó a difundirse con cierta intensidad desde la década de los veinte, pero no se instaló como un verdadero paradigma teórico y metodológico de la ciencia política estadounidense sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Para 1959 se había desarrollado ya de tal manera que resultaba evidente aun para muchos politólogos allende las fronteras estadounidenses, particularmente en Gran Bretaña, en donde Bernard Crack escribió su trabajo seminal *The American Science of Politics*.²⁶

Poco después, Robert Dahl, uno de los personajes más brillantes del conductismo y a la sazón también presidente de la APSA, pronunciaría, en el marco de la reunión anual de 1961, uno de los discursos presidenciales más citados en los anales de la asociación. En ese mensaje Dahl sugería de manera hiperbólica que el conductismo había muerto. Es decir, lo que trataba de expresar era que había muerto sólo como corriente metodológica, pues al haber triunfado sobre otros enfoques y siendo considerada la única metodología científicamente aceptada, no tenía sentido ya referirse al conductismo, sino que a partir de entonces había que hablar simplemente de la teoría y el método de la ciencia política unánimemente aceptado.²⁷

Sin embargo, el optimismo de Dahl no duró mucho, pues la hegemonía del conductismo comenzó a ser duramente cuestionada fuera y dentro de Estados Unidos. Más aún, muchas de estas críticas emanaron del interior de la propia APSA, en donde parecía haber ganado todas las posiciones de influencia.

Una buena parte de los cuestionamientos a la hegemonía conductista se originaron en sus propias pretensiones científicas, es decir, había algo en el propio planteamiento de esta metodología que no terminaba de convencer a todos los especialistas.²⁸ Pero, además, su hegemonía teórica comenzó a ser cuestionada desde otra posición, ya que desde la década de los sesenta se comenzó a desarrollar con rapidez un nuevo enfoque teórico-metodológico, la *teoría de la elección racional*, la cual muy pronto ganó gran cantidad de adeptos. Esta nueva escuela se caracterizaba por compartir algunos de los presupuestos metodológicos básicos del conductismo, pero asumía algunos otros que se le oponían radicalmente.

En efecto, la teoría de la elección racional compartía con el conductismo el individualismo metodológico y el rechazo a la vieja tradición formalista y legalista, pero se diferenciaba de éste en la medida en que trataba el proceso político como una

²⁶ Cfr. Bernard Crack, *The American Science of Politics: its Origins and Conditions*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1959; también puede verse el texto de W.J.M. MacKenzie, "Ciencia política", en Jean Piaget, W.J.M. MacKenzie y Paul F. Lazarsfeld (comps.), *Tendencias de la investigación en ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1976.

²⁷ Cfr. Robert Dahl, "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", en Heinz Eulau (ed.), *Behavioralism in Political Science*, Atherton, Nueva York, 1969. Una reseña del movimiento conductista puede encontrarse también en John S. Dryzek Farr y Stephen T. Leonard (eds.), *op. cit.*; y David Butler, *The Study of Political Behaviour*, Radius Book/Hutchinson, Londres, 1970.

²⁸ Cfr. las críticas al conductismo que se hacen en Hans J. Morgenthau, *Scientific Man vs. Power Politics*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1946; Klaus von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977; Nevil Jonson, *Los límites de la ciencia política*, Tecnos, Madrid, 1991; y Elinor Ostrom, "Beyond Positivism: an Introduction to this Volume", en Elinor Ostrom (ed.), *Strategies of Political Inquiry*, Sage, Londres, 1982.

racionalización de los intereses individuales de todos los participantes, desde los simples ciudadanos hasta los más altos líderes políticos. Así, esencialmente a sus criterios deductivos, pero a diferencia de la teoría decimonónica, esta vez los preceptos no eran extraídos de la filosofía política y moral, sino de la teoría económica clásica, particularmente de la teoría de los mercados.²⁹

Además, la creación crítica que había provocado el conductismo dentro de la APSA adquirió la forma de todo un movimiento. El inconformismo y las ansias de reforma social o política que llegaron a la sociedad estadounidense con los años sesenta no dejaron a salvo el medio académico y profesional de la ciencia política. El conductismo fue acusado de conservadurismo, debido en buena medida a su pretendida neutralidad valorativa y por la exigencia de distanciamiento del investigador respecto de cualquier compromiso con la política práctica. Muchos de los politólogos que criticaban al conductismo consideraban que los profesionales de esta disciplina no sólo debían adoptar un compromiso explícito con las causas sociales y políticas más urgentes, sino que también la misma APSA debía asumir una posición activa en la contienda política, tratando de influir en algún sentido sobre las propias políticas públicas.³⁰

Fruto y expresión de este malestar fue la formación dentro de la asociación del *Caucus for New Political Science* en 1967. Los efectos prácticos y teóricos del *Caucus* no fueron muy profundos ni perdurables; sin embargo, en ese momento tuvieron fuertes repercusiones en el medio profesional y académico, que seguramente se vieron magnificadas por el contorno político e ideológico de esos años. Hay que recordar que fue la época en que grandes disturbios y movilizaciones estudiantiles conmocionaron a varias universidades estadounidenses, y tal vez en una proporción y con una seriedad que ningún otro acontecimiento previo o posterior lo ha hecho.³¹

La mayoría de los teóricos que se habían distinguido dentro de la corriente conductista recibieron las críticas que provenían del *Caucus* y de los sectores izquierdistas en general con cierto dejo de desdén. Sin embargo, a pesar de ello, admitieron la validez de muchas de estas críticas y las incorporaron tanto al esquema teórico como al metodológico de la ciencia política.³² Esta crítica, y en buena medida también la autocrítica, propició que a partir de los años setentas se reconociera que la época dorada del conductismo había pasado ya, y que se había iniciado una etapa que entonces David Easton llamó posconductista. Como ocurre con casi todas las caracterizaciones a las que se antepone el prefijo *post*, la realidad era que no se sabía bien a

²⁹ Cfr. Alan R. Ball y B. Guy Peters, *Modern Politics and Government*, Macmillan Press, Londres, 2000.

³⁰ La polémica sobre la neutralidad valorativa de la ciencia, especialmente de la ciencia política, siempre ha sido una cuestión muy debatida. En este caso particular, la controversia que generó puede verse en Gabriel A. Almond, "Political Theory and Political Science", en Ithiel de Sola Pool (ed.), *Contemporary Political Science: Toward Empirical Theory*, McGraw-Hill, Nueva York, 1967; Harry Eckstein, "Political Science and Public Policy", *Regarding Politics: Essays on Political Theory, Stability, and Change*, University of California Press, Berkeley, 1992; y Sheldon S. Wolin, "Teoría política: desarrollo histórico", en David L. Sills (ed.), *op. cit.*

³¹ El ambiente universitario y especialmente el académico se vieron seriamente alterados por esos acontecimientos. Algunos de los sucesos y consecuencias de este movimiento pueden verse en Alan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989; y John H. Bunzel, *Virajes políticos: los intelectuales norteamericanos y las ideologías*, GEL, Buenos Aires, 1990.

³² Cfr. Gabriel Almond, *Una disciplina segmentada*, FCE, México, 1999.

bien hacia dónde se dirigía exactamente la ciencia política, ya que habiéndose jactado de poseer la única metodología valedera, es decir, científicamente, el conductismo no podía entrar sino en una confusión seria al reconocer que se habían cometido excesos, errores y distorsiones. Así, habían pasado unos cuantos años cuando comenzó a desarrollarse con vigor el nuevo institucionalismo, otro paradigma teórico que se sumaba así al conductismo y la teoría de la elección racional. Con esto se enriqueció y, también, complicó el terreno metodológico de la ciencia política.³³

El nuevo institucionalismo se desarrolló fundamentalmente a partir del texto seminal de Olsen y Marsh, *Rediscovering Institutions*, de 1989.³⁴ El planteamiento central del texto y, en general de esta nueva corriente, era que el análisis político debía prestar mayor atención a las instituciones políticas, ya que éstas tenían la capacidad de ejercer una fuerte influencia en la sociedad y los individuos a la hora de determinar comportamientos, actitudes y preferencias. A diferencia del conductismo y de la teoría de la elección racional, dejaba a un lado el individualismo metodológico para encauzar sus esfuerzos mediante un nuevo enfoque institucional, que se conectaba ciertamente con el institucionalismo que se había practicado en el siglo XIX, pero que asumía el calificativo de *nuevo* en tanto que pretendía ampliar sus fuentes de información, análisis y percepción de la realidad política, así como ajustarse a una serie de criterios metodológicos más estrictos.³⁵

Es difícil decir si el nuevo institucionalismo ha desplazado al conductismo y a la teoría de la elección racional como enfoque metodológico hegemónico. Sin duda constituye un punto de referencia fundamental en el panorama teórico y metodológico contemporáneo, al grado de que, como ocurrió con el conductismo en los años cincuenta, una señal inequívoca de su actual relevancia es que varios de los últimos presidentes de la APSA pertenecen a esta corriente, como Robert Keohane y Theda Skocpol. Como decía esta última en su discurso presidencial de 2003 ante la asociación: el auge y la preeminencia de las distintas escuelas y corrientes que han distinguido a la ciencia política estadounidense, desde el conductismo hasta el nuevo institucionalismo, bien podrían quedar documentadas por medio de los discursos presidenciales de la APSA.³⁶

En este sentido, tal vez ya no sea útil ni pertinente hablar de una etapa posconductista como lo planteaba Easton en 1969. Desde entonces han ocurrido demasiadas cosas como para tratar de aludir a ellas simplemente con el prefijo *pos*. Es muy

³³ Cfr. David Easton, "Political Science in the United States: Past and Present", en David Easton, John G. Gunnell y Luigi Graziano (eds.), *The Development of Political Science: a Comparative Survey*, Routledge, Londres/Nueva York, 1991; William Galston, "Political Theory in the 1980s: Perplexity Amidst Diversity", en Ada W. Finifter (ed.), *Political Science: the State of the Discipline II*, APSA, Washington, 1993; John Gunnell, "The Historiography of American Political Science", en David Easton, John G. Gunnell y Luigi Graziano (eds.), *The Development of Political Science...*, *op. cit.*, y Leonard Tivey, "Introduction: Philosophy, Science, Ideology", en Leonard Tivey y Anthony Wright (eds.), *Political Thought Since 1945*, Worcester, Edward Elgard, 1992.

³⁴ Cfr. J.G. March y J.P. Olsen, *Rediscovering Institutions*, Free Press, Nueva York, 1989.

³⁵ Una descripción general del nuevo institucionalismo puede encontrarse en B. Guy Peters, *El nuevo institucionalismo: teoría institucional en ciencia política*, Gedisa, Barcelona, 2003; Karen Orren y Stephen Skowronek, "Orden y tiempo en el estudio de las instituciones: un alegato a favor del enfoque histórico", en James Farr, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard (eds.), *op. cit.*

³⁶ Cfr. Theda Skocpol, "Obice and Inequality: the Transformation of American Civic Democracy", *Perspectives on Politics*, vol. I, núm. 4, diciembre de 2003.

probable que se aplique mejor la metáfora que utilizaba Almond en 1988 para referirse a la fragmentación y diversidad de los enfoques teóricos y metodológicos que se utilizan en la ciencia política, aludiendo a éstas como si se tratara de especialistas de la materia. Muchos de los protagonistas que señalaba entonces Almond ya tampoco tienen vigencia en nuestro tiempo, especialmente los teóricos de la dependencia y los marxistas en general, pero aun con nuevos comensales, como los neoinstitucionalistas, la metáfora parece tener sentido en la actualidad.³⁷

Cien años después

Como se ha demostrado en el texto precedente, en los últimos cien años el desarrollo de la ciencia política estadounidense ha corrido en buena medida de modo paralelo al nacimiento, expansión y consolidación de la APSA. En nuestros días la asociación es ya una institución madura y sólida. Su renombre y significación le otorgan una gran influencia dentro de la disciplina, la cual no se circunscribe al terreno académico, sino que se traduce también al terreno profesional. Las publicaciones, actividades y opiniones que están avaladas con su etiqueta gozan de una confiable garantía y son ampliamente acogidas y aceptadas.

Respecto de sus publicaciones, por ejemplo, su prestigio está fuera de toda duda. De acuerdo con un sondeo relativamente reciente, la *American Political Science Review*, que edita la asociación, es la revista que produce el mayor impacto entre los politólogos estadounidenses, lo que la convierte en el escaparate más importante de las preocupaciones y nuevas tendencias que guían a la disciplina.³⁸ Además de esta revista, la asociación publica otras dos que poco a poco van ocupando una posición definida dentro del mercado. Una de ellas es *PS: Political Science and Politics*, que se publica desde 1968 y que se encarga principalmente de captar las discusiones y reflexiones sobre la enseñanza, el ejercicio profesional y la organización de la disciplina, dando un amplio espacio a las cuestiones internas de la APSA. La otra revista, *Perspectives on Politics*, es mucho más reciente, pues apareció apenas en marzo de 2003. Hasta ahora, su tarea parece ser la de publicar noticias, reseñas y comentarios sobre los libros de reciente edición vinculados con la disciplina, lo cual permite tener una visión panorámica muy completa sobre las novedades que ofrece el mercado.

Además de la revista, la APSA edita libros, organiza seminarios, otorga premios, organiza concursos y cubre una amplia gama de actividades. A pesar de que existen otras asociaciones de ciencia política en Estados Unidos, ninguna se le compara; más aún, no existe una asociación similar en el resto de las sociedades occidentales. Por ello, en este país, referirse en la actualidad a la investigación, práctica o enseñanza de la ciencia política implica aludir de alguna manera a la APSA, y el recuento de sus primeros cien años de vida significa en buena medida hacer también un repaso por la historia de la ciencia política en Estados Unidos.

³⁷ Cfr. el ensayo de Gabriel Almond, "Mesas separadas: escuelas y corrientes en las ciencias políticas", *Mesas separadas...*, *op. cit.*

³⁸ Cfr. James C. Garand y Michael W. Giles, "Journals in the Discipline: a Report on a New Survey of American Political Scientist", *PS: Political Science and Politics*, vol. xxxvi, núm. 2, abril de 2003.